

Notas para una crítica en torno al desarrollo tecnológico y su aplicación en la educación de las Artes

Por Jaime Baillères

Un aspecto histórico a considerar dentro del desarrollo de tecnologías del aprendizaje y conocimiento, es el hecho de que la cultura mediática incide en un orden de generación epistemológico de una forma muy marcada y crítica en los estudiantes de artes en comparación con los docentes de dichos programas educativos. Es decir, en resumen lo que se percibe es que los jóvenes se adaptan y asumen como propias las herramientas tecnológicas más contemporáneas conforme se van insertando en el campo de prácticas inherente a las artes, en comparación con algunos maestros que siguen pensando que no necesitan actualizarse porque en sus cursos o talleres las nuevas tecnologías no son importantes ni aplicables.¹ Por tanto, maestros y estudiantes se adaptan de manera diferente a la aplicación de nuevas herramientas, tecnologías de aplicación o discursos novedosos sobre su uso y aplicación; lo cual termina por convertirse en un dislate en el proceso de aprendizaje.

Si bien, esto podría ser identificado como un “problema menor”, puesto que no pocos docentes lo consideran un tema subyacente, pues lo importante podría ser poner al margen los avances tecnológicos en ciertas áreas de conocimiento; un problema que expongo en esta ponencia como prólogo a una investigación, es someter a discusión la argumentación siguiente: identificar y solucionar las diferencias entre el desarrollo tecnológico y teórico en relación a la producción del Arte fuera del campo de la academia, por lo cual tiene una velocidad diferente a la que podrían tener los docentes

¹ De hecho, aunque sean necesarias en algunos cursos, ellos(as) no lo consideran así.

en sus procesos de capacitación y desarrollo de aptitudes en cotejo con lo que los estudiantes de manera cotidiana van adquiriendo afuera de las aulas.

Tomando esto como punto de partida, un planteamiento hipotético en esta revisión preliminar a un estudio más acabado, permite vislumbrar que al menos estos aspectos están poniendo en un apartado crítico a la formación de estudiantes de Arte en las universidades del país, debido a que se relaciona con acumular experiencia en procesos de aprendizaje en relación con desarrollo tecnológico, lo cual, el PTC pone al margen por no ser retribuido como divisa económica.

Antecedentes

A mediados de los años ochenta, siendo estudiante de sociología encontré un libro de Aldo E. Solari cuyo título *Poder y Desarrollo; América Latina* (era parte de un homenaje al filósofo español José Medina Echavarría); el cual me permitió en su momento entender en un contexto inmediato las ideas keynesianas (John Maynard Keynes) y de Milton Friedman en su aplicación para ir borrando el perfil del Estado de beneficencia tradicional y así irrumpir con los modelos de coinversión pública-privada en la educación de nuestro país.

Las cifras de inversión del gasto nacional en educación en México por tipo de financiamiento en 1980 eran del orden público federal del 76% del total invertido, en comparación con la inversión privada -en ese mismo año- del 7% del total porcentual. Los índices se fueron revirtiendo y 30 años después, la inversión del estado se ubicaba en el 2010 en 61% en relación al privado ubicado en el 21%. Así, la educación pública se sustrae de su sentido

tradicional para darle “apertura” a la oferta en términos de la demanda poblacional de estudiantes a primer ingreso.²

Baste el ejemplo para dar cuenta -al menos por ahora mínima-, de porcentajes en torno a proyectos de educación en nuestro tiempo, pero en específico, en alusión retrospectiva a la condición de la investigación académica en relación al arte y a la divulgación del conocimiento.

Parto de la idea de la tecnocracia incipiente de hace más de treinta años que hereda la visión prometéica de emancipación -de aquellos *Harvard and Chicago college boys*- del atraso social en que se vivía en el país, y de la utopía económica del poder del Estado fractal o descentralizado para dar paso al capital privado en la economía posmoderna de “apertura y términos globales”.

El gasto público del Estado dirigido discrecionalmente hacia la inversión tecnológica apelaba de manera ordenada a una de las premisas centrales del Consenso de Washington, dando paso así, a la idea preconizada de que el país y sus instituciones debían insertarse en la lógica de una educación -ajena en ese momento- de primer nivel, que pudiera competir -aunque fuera eufemísticamente- con las universidades norteamericanas y canadienses en la lógica de un tratado al *fast-track*.

En ese tropel económico e ideológico, el *fast-track* llegó de improviso y fue tan real e incidente en su re-ordenamiento de políticas públicas, que podríamos plantear dos apartados hipotéticamente: a) por un lado, que hay un rebase tecnológico por encima de los modelos educativos aplicados a las escuelas de arte en el país en relación a los criterios establecidos para el desarrollo de la retícula de materias, cursos en perspectiva y proyectos de investigación en arte; y por otro lado b) que los avances tecnológicos dejan a la zaga el interés de los docentes en lo más contemporáneo, en comparación con los estudiantes, que se actualizan día a día, poniendo al margen lo que

² En septiembre del 2004, la directora de FLACSO declaró a la directora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Giovanna Valenti: “El gobierno debe controlar la oferta educativa de las instituciones privadas de educación superior para evitar el fraude académico”, quien además señaló que, en contraste, las universidades públicas ya han sido sometidas a mayor supervisión. La Jornada sept. 8 2004.

podrían aprender de los propios maestros. Es obvio que el problema aquí no es la generación de los jóvenes que rebasan a los docentes atávicos o conservadores que no se actualizan acorde a las necesidades propias de cada academia.³

Sin embargo, una arista de este problema complejo, podría revelar que no sólo la tecnología importada y aplicada rebasó en su desarrollo intrínseco, a las políticas educativas, y en un determinado momento también a los criterios de investigación académicos que pretendían desde lo tradicional subvertir el asombroso mundo de primer nivel ejemplificado con las computadoras en las aulas. El *artificio* demagógico de la campaña política era la computadora en la ranchería más lejana que sería ya una realidad adyacente a una lógica de desarrollo; al indicio de un nuevo mundo por venir. Sin embargo, más de 20 años después, en varias universidades públicas del país, decenas de estudiantes hacen fila en clase para poder usar –como decía Baudrillard- esa máquina celibataria que puso en otro nivel a la educación y a la investigación en México.

Un poco al margen de lo que pudiera representar este escenario de la educación en las universidades públicas en el país –irreal o exagerado o intuitivo sin sustento etc.- habríamos de ponderar que, pese a la idea de que la universidad asciende como un vínculo estructural con el aparato del poder, paradójicamente, es desde ahí uno de los espacios desde donde la trinchera crítica permite sus devaneos con la irrupción y la marginalidad. La universidad y su campo académico se resiste al cambio o a la evolución en tanto posiciona su discurso de inserción en la lógica del sustento económico que le hace viable, que le permite existir. La divisa de la legitimidad es la condición de su existencia a partir de las estadísticas estructural-funcionalistas de los resultados para permitir su avance. Así, la

³ El ejemplo aquí será la escuela de Artes Plásticas y Visuales en la Universidad de Guanajuato; no está considerada en este documento la de Artes Digitales.

investigación en el arte –si acaso la hay- se ve permeada por la lógica de la meritocracia y la carrera ascendente de los puntajes del SNI para seguir perpetuando el modelo tradicional del estímulo-respuesta.

Valga decir, con cierto atropello, que quizá mas aporten a la crítica del arte y a la investigación los curadores o teóricos marginales que los propios investigadores académicos que han caído en la impronta del reconocimiento o en el derrotero que los lleva tras la zanahoria. La tecnocracia –por más cercana que se vea ahora- es una línea del desarrollo académico que determina en el arte el porcentaje dedicado al presupuesto, pero insisto, no se destina al arte en la educación los mismos porcentajes que a otros campos de generación de conocimiento.

En el apunte de José Luis Brea *La Crítica en la Era del Capitalismo Cultural*, el autor expone en un par de líneas un enunciado de influencia a partir de lo que asumimos como adopción de tecnologías, dice: “... tan pronto como aparecen las tecnologías reproductivas del conocimiento, tiene lugar para el arte una auténtica *transmutación de todos los valores* que es crucial para la suerte del proyecto crítico y el lugar en el que su trabajo puede a partir de entonces realizarse”.

Partiendo de esta “aparición”, las nuevas tecnologías campean las escuelas de arte, y pareciera que son los estudiantes los más avezados en su uso e interés para, a partir de ahí, desarrollar ideas propias y proyectos de investigación y desarrollo en la producción de obra, pero el objeto en la investigación en las artes parece estar apoltronado en la discusión en torno a un devenir de los conceptos que podrían ubicarnos con mayor precisión en el mapa de lo que podría denominarse *lo contemporáneo*, y no tanto en la apropiación de las nuevas tecnologías aplicadas al arte y a la didáctica del mismo. El objeto de la investigación en el arte –con sus salvedades- parece estar agazapado en una discusión retórica en torno a lo que se asume como un discurso emergente, en su legitimidad a partir de la estética y la historia del arte o en los avatares de una lógica de la reseña crítica que

inevitablemente le hace el juego al sistema del arte, en sus diferentes modalidades.

Cabe agregar, los programas en las escuelas de arte – con sus excepciones- no están orientados en su totalidad a la producción de la obra o de proyectos en disciplinas cruzadas, sino al rendimiento de la producción o la eficiencia terminal; es más importante dar resultados en tesis acabadas lo más pronto posible que los procesos de desarrollo de la pieza para acreditar un curso fulano etc. En descargo de ese avatar de estulticia o indiferencia por parte de los estudiantes de arte, el objeto de las investigaciones en las academias de artes en ocasiones son menos interesantes y propositivas que las piezas y las ideas de estudiantes “irreverentes” que transgreden un orden establecido en una normatividad académica tradicional y que se vinculan de manera directa con su entorno social cercano o inmediato; y que al mismo tiempo, se adaptan y adoptan cualitativa y cuantitativamente más interfaces, protocolos y plataformas alternativas que sus maestros en la carrera. ¿Cómo empatamos las ideas frescas de los estudiantes con los esquemas atávicos de los investigadores en arte que temen poner un pie fuera de ese positivismo cientificista de la metodología tradicional en las investigaciones?

Aquí podemos vislumbrar un desfase ideológico que se suma a las tecnologías más modernas versus la didáctica tradicional e impertinente insertada en un nuevo orden de ideas jóvenes que ya no sólo parten del acervo tradicional del conocimiento, sino de un mundo académico alternativo que plantea la cultura mediática como una condición intrínseca en su didáctica.

No pretendo con esto una postura antagónica al desarrollo o adaptación al *technos* de la modernidad, de esa universidad que se asume en su carácter tradicional de *universitas* a la apertura del conocimiento de las técnicas propias de su contemporaneidad y el disentimiento, pero aquí entonces paso a otro lindero en un campo de especulación en torno a la heurística del conocimiento.

Si bien, el problema de la investigación en el arte, o en las artes, no es único o propio de un solo campo o disciplina, se trata de un problema complejo que tiene diferentes aristas históricas de donde es pertinente sacar una hebra para entender también cuáles serían algunas de las razones por lo cual, el arte por sí mismo en nuestro país tiene características propias y diferenciadas a tan solo unos metros de distancia.

La escuela representa un problema de estructura que incide en los niveles de creatividad. Si no aprendemos a desaprender los esquemas tradicionales que persisten en los sistemas estructurales de producción de conocimiento no vamos a cambiar o a incidir en un nuevo paradigma de la investigación en el campo social del arte.

En tanto sigamos bajo el esquema académico tradicional de la investigación donde éste axis secularizado del cientificismo en su metodología -que insiste en comprobar el *factotum* en lo que arguye- estaremos a la zaga en referencia a las formas en que el arte contemporáneo se va desligando de tradiciones o condiciones de sujeción; a la sazón, cuando se sabe con certidumbre que la metodología de la ciencia tradicional tiene que adaptarse a lo que al arte en su producción y consumo hace de manera diligente y mimética, la producción de la obra es radicalmente diferente.

Para terminar, refiero ¿desde dónde ubicamos o detectamos lo contemporáneo del arte, en nuestro entorno académico? Pareciera que nuestra contemporaneidad es a-histórica en el sentido de su lenta adscripción al modelo de investigación y producción de conocimiento en el campo social de la escuela. Lo digo así, a contrapelo de lo que es local o habitacular, el universo de producción del conocimiento se restringe o constriñe, y lejos se queda el proyecto de la universidad que es crítica, que parte del disentir y de la dialéctica en movimiento. De seguir así, lejos del proyecto crítico y de irrupción del arte, como dice certeramente una

estudiante de esta escuela: “... el arte seguirá dando vueltas como el perro que insistentemente se muerde la cola”.

Índices de aplicación e información

Programas (uso):

Photoshop = 54 pt

Adobe Illustrator = 18 pt

Lightroom/Final Cut = 9 pt

After Effects/Premier = 8 pt

Freeware = 1 pt

Plataformas (uso):

Mac = 37 pt

Windows = 13 pt

Linux = 2 pt

Medios de actualización de software (a través de):

Redes sociales = 31 pt

Escuela = 6 pt

ResearchGate/Cracks = 1 pt

Redes difusión/divulgación (uso):

Facebook = 37 pt

Instagram = 35 pt

Twitter/Tumblr = 5 pt

e-mail/Whatsapp = 1 pt